

El autor ha logrado sacar a la filosofía analítica todo lo que ésta puede aportar a la teología y, en ese sentido, ha realizado un trabajo que sólo un teólogo puede realizar. Lo que sucede es que el resultado, por lo que se refiere al diálogo filosofía analítica-teología a propósito del carácter cognoscitivo de la fe es más apologético que teológico. Lo que con esta distinción se quiere decir es que el diálogo con la filosofía analítica permite al teólogo, sobre todo, hacer un interesante acopio de reflexión filosófica que se halla en la misma línea de la fe cristiana, descubrir convergencias entre la teología y la filosofía que resultan de gran interés, y responder a las dificultades que la razón analítica plantea al cristianismo. Se me podría objetar que la apologética es necesariamente teología, a lo cual no opondría ninguna reserva. Pero hay una diferencia que no se debe olvidar: la teología, la reflexión teológica, tiene una consistencia en sí misma, se define principalmente por el objeto, mientras que la apologética, siendo teología, depende para su consistencia del sujeto, del creyente o del llamado a creer. Conesa ha hecho también teología de la fe, pero entonces se ha independizado de la analítica y ha acudido a otras fuentes.

En resumen, la obra de Francisco Conesa será en adelante un punto de referencia obligado para todos los que se ocupen del carácter cognoscitivo de la fe y, muy particularmente, para quienes deseen manejarse con soltura en el pensamiento analítico sobre la fe

César IZQUIERDO

Aurelio FERNÁNDEZ, *Teología Moral I. Moral Fundamental*, ed. Aldecoa («Facultad de Teología del Norte de España. Sede de Burgos», 59), Burgos 1992, 829 pp., 18 x 24,7.

Fruto de una larga e intensa actividad de investigación y estudio es el presente manual de Teología Moral del profesor Aurelio Fernández. La diversificación de sus publicaciones, y de su tarea docente misma, que abarcan desde la filosofía a la teología moral, pasando por la teología dogmática, revelan el talante inquieto y riguroso de quien, por haber comenzado su formación intelectual en el área de la filosofía, acomete con hondura las cuestiones y tareas que plantean un reto a la cultura de un tiempo como el nuestro.

Precisamente, una de las notas que más claramente resaltan en los tres gruesos volúmenes que integran este manual, es la del rigor filosófico en el tratamiento de los diversos temas. Esta característica se pone particu-

larmente de manifiesto en el primer volumen, como era de esperar por su temática misma: la moral fundamental. El enfoque de los temas es eminentemente filosófico, y conduce a un tratamiento riguroso y exhaustivo —sin más límites que la síntesis inherente a todo manual— de las nociones y principios que se explican y detallan.

Me parece que es necesario también resaltar en estos primeros comentarios de carácter genérico de este manual, la enorme riqueza bibliográfica que contienen cada uno de los tres volúmenes. El lector puede encontrar un completísimo y actualizado —a la fecha de publicación— conjunto de referencias bibliográficas a los temas, tanto históricos como sistemáticos que se tratan. Ello hace que la obra no sea sin más un manual ordenado a la adquisición de los conocimientos básicos de esta disciplina teológica, sino, hasta cierto punto, una fuente de bibliografía y estudios de enorme utilidad. En este sentido, nos encontramos no sólo ante un manual, sino también ante una obra de consulta, a mi parecer poco menos que ineludible, en el panorama de la producción teológico-moral en lengua castellana. La única sombra que encontramos en este enorme esfuerzo es la de algunos errores, probablemente tipográficos, en la lista de manuales recientes de moral facilitada en las pp. 27-30, así como la confusión que puede originar el haber incluido en esta lista obras que son ensayos o monografías pero no manuales de moral.

El mismo A. explicita en las pp. 24-25 los objetivos que persigue con su obra: el libro pretende ser 1) un libro para la predicación, es decir, que facilite «la presentación del mensaje moral cristiano en los diversos campos en los que el sacerdote cumple su misión» 2) un libro para la enseñanza y 3) un libro para el confesor. De aquí que 1) haya buscado un género expositivo más próximo al lenguaje oral que al desarrollo puramente notional; 2) haya recogido en el texto las citas de la Sagrada Escritura, de los Padres y del Magisterio, para que no sea necesario recurrir a las fuentes respectivas; y 3) haya integrado en la obra una cierta casuística, en particular en los vol. II y III, ya que el I se presta más a la exposición y justificación de principios que a su aplicación concreta. Dice Fernández con acierto que huyendo de hacer una moral para uso exclusivo del confesor —por tanto, eminentemente casuística—, hay que tener necesariamente en cuenta que la teología moral ha de cubrir también con garantía este fin.

En rasgos generales pienso que la obra alcanza los objetivos que pretende. En primer lugar porque, efectivamente, el género expositivo —a pesar de la aridez, inevitable por otra parte, de algunos pasajes de calado más fuertemente intelectual— ayuda a comprender y explicar la doctrina que se está tratando. En segundo lugar, como comentaré en seguida, porque el

método usado es bueno desde el punto de vista pedagógico, lo que se echa manifiestamente en falta en otras obras del mismo género. En tercer lugar, porque trata con detalle y ejemplificando extremos concretos de los diversos temas que facilitan los medios oportunos para alcanzar los juicios morales concretos y formar a otros en ello. Todo es mejorable en este mundo, pero a mi juicio, el libro alcanza sobradamente estos objetivos. El precio a pagar es la extensión de la obra. Pero no me parece tampoco excesivo; al contrario, el que la estudia tiene en ella una fuente habitual de consulta que no se restringe al corto tiempo de aprendizaje de una asignatura teológica.

Por lo que respecta al método empleado (cfr. pp. 38-39) pienso que vale la pena distinguir dos campos: el que se refiere al aspecto pedagógico y el que se refiere ya estrictamente al teológico. Pedagógicamente el libro está muy bien estructurado. Cada capítulo consta de tres partes: un esquema inicial bastante desarrollado de la materia que se tratará, el desarrollo doctrinal de la misma y un apéndice que recoge sintéticamente las definiciones, divisiones, principios, etc. que exige la comprensión nocional del tema. La idea es buena, y puede tener muchos frutos en el alumno, pero indudable exige un esfuerzo: a veces no resulta demasiado fácil contestar concisa y acertadamente a las cuestiones que se recogen en el apéndice con lo que se ha estudiado en el desarrollo doctrinal. Hasta cierto punto, el apéndice más que un resumen del desarrollo temático, es un complemento al mismo.

En la elección del método a usar en el desarrollo del tratado se aprecia una de las dificultades típicas de los últimos tiempos para elaboración de los manuales de teología, y en particular, de teología moral: hay muchas propuestas diferentes de modelos al respecto. El autor, consciente de ello —de hecho las expone brevemente—, no opta por ninguna de las ya más o menos ensayadas, sino que sigue la suya propia. La razón, según el mismo autor, es que un modelo, un proyecto sistemático corre siempre el riesgo de sacrificar o forzar algunas verdades en favor de la unidad del sistema. De aquí que piense que a la hora de elaborar un manual de teología moral es preferible tener presentes las orientaciones y criterios generales presentados por el Concilio sin pretender reducir a un sólo principio (imitación de Cristo, precepto de la caridad, cuerpo místico de Cristo o Reino de Dios) el hilo conductor de la exposición. Por ello, Fernández sintetiza los que a su juicio han de ser dimensiones irrenunciables de la ética teológica (pp. 404-409) a la vista de las directrices del Concilio y de lo que ya es hoy patrimonio común de la teología moral, para a partir de ellos sistematizar los temas correspondientes a la moral, sin intentar adaptarse estricta-

mente ni a un modelo de mandamientos ni a un modelo de virtudes, sino buscando una integración coherente de los temas que hay que tratar (p. 411). Como es lógico, la opción es legítima y, como él mismo dice, puede ser muy útil para no encasillar forzosamente los temas en un esquema rígido. Lo cual no quita que una exposición catequética —es decir, no estrictamente teológica— de la moral preste un mejor servicio cuando usa uno de esos modelos, y, en concreto, el de los mandamientos, como hace el Catecismo de la Iglesia (p. 410).

De acuerdo con esta metodología, y ciñéndonos ya más estrechamente a la temática del primer volumen de la obra, el autor estructura esta exposición de la moral fundamental en dos partes.

La primera parte trata del comportamiento moral en general, es decir, recoge una consideración de conjunto que supone la vida moral. El objetivo es llegar a presentar las exigencias éticas como un postulado indiscutible de la existencia humana. A lo largo de los siete capítulos en que se divide, se abordan temas que en otros tiempos se daban por supuestos, pero que en la actualidad son objeto de considerables polémicas. El primer capítulo aborda las cuestiones relacionadas con el fundamento religioso del comportamiento ético en una sociedad pluralista. Se estudian en concreto el valor de la «ética civil» y el sentido de la «ética religiosa», y se añaden algunas consideraciones complementarias sobre la naturaleza de la teología moral y su relación con otras disciplinas teológicas. El segundo capítulo se ocupa de la objetividad y realidad del deber moral, frente a posturas que sostienen que no es tal, sino que lo único que cabe son juicios morales desde códigos de comportamiento social siempre provisorios. El tercero analiza la situación de la crisis actual de los valores morales y se proponen algunas soluciones al respecto. El cuarto aborda la conflictiva cuestión de la especificidad de la moral cristiana. Ya en un contexto cristiano, el capítulo quinto sintetiza la novedad de la moral bíblica, en particular, del mensaje moral de Jesús, tratando además de exponer las condiciones irrenunciables que la aceptación de dicho mensaje impone a la existencia cristiana. El capítulo sexto, muy amplio, estudia el desarrollo histórico de la ciencia moral cristiana. Por último, el séptimo capítulo se ocupa del problema de la fundamentación de la obligación moral del creyente, es decir, del deber del cristiano, y, en un segundo momento, de la discusión de los diversos modelos de exposición de la teología moral a que antes me refería.

Como se puede intuir, una gran parte del desarrollo de esta primera sección del volumen tiene un marcado acento filosófico, y no podía ser de otro modo para dar una entrada racionalmente impecable a la peculiaridad

de lo cristiano. A mi juicio las exposiciones son magníficas. Tienen, como es natural, el límite del espacio, lo que hace que no puedan ser del todo completas. Pero son claras y suficientes. No es una recopilación de datos, de posturas, de teorías, etc., sino la propedéutica hoy día indispensable para empezar a tratar la moral cristiana. Ahí se encuentran todas las referencias necesarias para el estudioso de estos temas. A mí me ha gustado, y mucho, el capítulo VI: la breve historia de la moral cristiana. A mi juicio pone al lector en condiciones de entender el panorama de la moral contemporánea, y hacerse cargo de sus logros y de sus dificultades, además de —o quizás a través de— una correcta comprensión de lo que fue la moral de tiempos pasados y por qué. Muchos tópicos infundados se resuelven aquí.

La segunda parte del volumen se dedica a la consideración particularizada del actuar concreto de la persona. Se trata aquí, dice el mismo autor, de estudiar los elementos que permiten configurar la vida personal de acuerdo con los criterios y mandatos de la Revelación cristiana, proclamados y vividos por Jesús (p. 38). Se divide esta parte en cinco capítulos que se corresponden más o menos con los temas fundamentales de este tratado de la moral. El capítulo ocho estudia el sujeto moral; el nueve, las fuentes de la moralidad; el diez, la conciencia; el once, la ley; y el doce el pecado y la conversión.

Esta segunda parte contienen originalidades importantes. En primer lugar la estructura misma. Se comienza con el equivalente al «De actibus humanis» de los manuales clásicos, aunque con un enfoque claramente distinto, que podríamos encuadrar en el ya tópico personalismo: el punto primero de estudio y referencia es la persona humana: ella es el sujeto moral. Y los actos humanos no son realidades singulares inconexas, sino el despliegue en su unidad de la persona misma. De aquí el título: «El sujeto ético», no «Los actos humanos». Y digo que el planteamiento es original no sólo por el desarrollo mismo del tema, sino por su lugar en el tratado: no empieza por la ley y la conciencia para ver después el actuar, sino el actuar personal para comprender más adelante de modo correcto la conciencia y la ley. Esto pone de manifiesto un modo de pensar a mi juicio muy acertado para explicar la moral en nuestros tiempos: se parte de lo más inmediato, de lo que todos experimentamos en primer lugar: nuestro propio obrar, y desde ahí se va uno remontando a la conciencia y la ley. Es un proceder, por llamarlo así, ascendente, en lugar del clásico descendente desde la ley a la conciencia y luego a los actos humanos. Me parece, por otro lado, que también aquí se pone de relieve el talante analítico y filosófico del autor. La opción, como digo, no sólo es legítima, sino que además me parece muy eficaz.

Llama la atención también el modo de enfocar la cuestión de las fuentes de la moralidad. El título mismo del capítulo lo pone de manifiesto: «La moralidad del acto humano. Entre la subjetividad y la objetividad», junto con su punto de arranque: «La opción fundamental». A nadie se le oculta que éste es uno de los temas más discutidos de la teología moral fundamental. La clásica distinción entre objeto, fin y circunstancias al tratar este tema, necesita, como dice Fernández muchos matices y un estudio muy atento. Aquí se encuadra la cuestión sobre los actos intrínsecamente malos, la aparición de doctrinas como el consecuencialismo, la ética de situación, etc. objeto de tanta polémica en los últimos tiempos. El modo de enfocar todas estas cosas, desde una equilibradísima noción —profundamente cristiana, por otra parte— de opción fundamental no coincide con el clásico, y arroja mucha luz sobre todos estos puntos. Otro capítulo enormemente interesante.

Los capítulos sobre la ley y la conciencia son muy completos, y abordan temas de candente actualidad e importancia. Recogen un importante tratamiento de los temas en la Biblia y en la Tradición, que centran las cuestiones a tratar. Se aborda con detalle la doctrina sobre el papel del Magisterio en las cuestiones que hacen referencia a la ley y la conciencia.

Del mismo modo, el capítulo sobre el pecado y la conversión es profundamente enmarcado en una perspectiva escriturística. Pero añade una sección muy interesante: «Cómo presentar hoy el tema del pecado», de indudable utilidad.

A mi juicio, pues, tenemos en esta *Moral Fundamental* de Aurelio Fernández, una obra de estudio y consulta sencillamente indispensable para alumnos y profesores de lengua castellana de esta materia. No en vano, es una de las pocas obras recomendadas en las Universidades romanas para alumnos de esta procedencia lingüística.

Enrique MOLINA

Aurelio FERNÁNDEZ, *Teología moral*, II. *Moral de la persona y de la familia*, ed. Aldecoa, Burgos 1993, 872 pp.

Gusta encontrarse y leer tratados de moral como el que nos ofrece ahora el Prof. Aurelio Fernández: una obra ambiciosa bien trabajada y bien insertada en el momento de la teología moral y de la cultura contemporáneas.